

**A LA MEMORIA  
DE TOMÁS ENRIQUE CARRILLO BATALLA**

*Enrique Urdaneta Fontiveros*

Hay hombres a quienes la muerte, esa ansiosa dama, nunca podrá alcanzar. Como dijo el poeta, la muerte es olvido, y esa es una condición que jamás afectará al Dr. Tomás Enrique Carrillo Batalla. Hay hombres que con su vida tan luminosa destierran todas las oscuridades de la muerte. Hay hombres que sobrepasan los límites humanos de la existencia porque dejan una huella tan indeleble, que ningún calendario se atrevería a la descortesía de la desmemoria.

Me unieron lazos muy fuertes con el Dr. Tomás Enrique Carrillo Batalla, lazos de sangre, de parentesco. Mi padre, el Dr. Enrique Urdaneta Carrillo era su primo hermano. Este dato que parecería simplemente anecdótico, me demanda ahora que estas palabras se tiñan de cercanía genuina.

El Dr. Carrillo Batalla siempre sintió la democracia como el único aire que podría respirar. Desde muy joven su existencia se orientó hacia ese destino que entraña libertad, pluralismo, justicia social y ley. Por eso era inevitable que confrontara al gobierno del general Pérez Jiménez. Y lo hizo sin vincularse entonces con ninguna tolda política. Lo hizo desde el espíritu libertario y auténtico que lo caracterizó. Y por esa actitud terminó tras los barrotes en la Cárcel Modelo. Para salir de allí, recibió la ayuda de mi tío y padrino, su primo, el Dr. Carlos Urdaneta Carrillo. Y mi tío Carlos fue quien recomendó, al ver que el joven Tomás reincidiría en sus actividades conspirativas, mandarlo a Suiza donde vivíamos nosotros. La conducta de mi tío Carlos era la de quien buscaba preservar una existencia valiosa para el porvenir del país, antes que verla sacrificada en alguna mazmorra de la Seguridad Nacional.

Tomás Enrique Carrillo Batalla estuvo varias semanas viviendo con nosotros en Berna. Les mentiría si les refiero algún recuerdo. Yo era un niño de apenas tres o cuatro años. Pero muchos años después, el Dr. Carrillo Batalla me contaba como algo que conservaba en un lugar

especial de su memoria, que en la estación de tren, cuando ya se iba rumbo a Bruselas, nosotros los niños, sus pequeños parientes los siete hermanos Urdaneta Fontiveros, todos juntos y a un mismo instante, lloremos su despedida. Este recuerdo ingenuo solo pretende enmarcar mis palabras. No hablaré de los logros académicos de Tomás Enrique Carrillo Batalla. No hablaré de su aporte inconmensurable a la economía, las finanzas, la historia, la agricultura, el comercio o el derecho en el país. Ahí está su hoja de vida, muy extensa por cierto. Ustedes la conocen bien y es él uno de los promotores verdaderos de la modernidad en estas tierras. Mal podría usar estos minutos para contarles algo que ustedes saben de sobra: que Venezuela es nación, es república, por el aporte de hombres como Tomás Enrique Carrillo Batalla. Solo voy a destacar muy brevemente tres aspectos de su trayectoria vital.

Antes que todo el Dr. Carrillo Batalla fue un patriarca del hogar. Tuvo con su adorada Agatha un matrimonio feliz en el que reinaron siempre el afecto, la comprensión y la comunidad de propósitos para edificar un hogar honorable y levantar dignamente una familia. Fue un modelo de virtudes para sus hijos y sus nietos. Ellos llevan con honor y dignidad su nombre.

Tomás Enrique Carrillo Batalla fue un verdadero Académico. Individuo de Número de nuestra Corporación de la cual fue su Presidente durante el bienio 1980-1982, fue también elegido Miembro de la Academia Nacional de la Historia y de la Academia Nacional de Ciencias Económicas, de la cual fue su primer Presidente y fundador. Realizó una fructífera labor para hacer de la Academia un cuerpo útil que responda a la dinámica moderna y a los supremos intereses del país. Seguía continuamente el curso de la ejecución de los proyectos de las tres Academias a las cuales pertenecía. Trabajó intensamente, con devoción y pasión, para el cumplimiento de las nobles tareas que la ley le ha encomendado a estas Instituciones. Por eso y por muchas otras razones, Tomás Enrique Carrillo Batalla fue Académico de Académicos.

Pero sobre todo fue un hombre sabio y sencillo, de trato afable y cordial, un ser lleno de bonhomía, un verdadero humanista con amplitud liberal y espíritu abierto. Son estas cualidades las que permiten apreciar la figura del verdadero Maestro en toda su dimensión.

Con este ilustre venezolano, no solo me unieron vínculos familiares, sino que me honró con su amistad. Lo visitaba con bastante frecuencia en su residencia en Santa Rosa de Lima, a veces en compañía de mis buenos amigos Vicente Carrillo Batalla y Humberto Romero Muci. Fe en el pecho y alegría en el semblante eran sus rasgos distintivos. Aprecié siempre la firmeza de sus convicciones, sus serias y ponderadas reflexiones en momentos de turbulencia nacional, su consejo oportuno, el respeto que le daba a la palabra empeñada, su sentido de la amistad, su carácter disciplinado, el ingenio y habilidad que tenía para conciliar posiciones encontradas y lograr soluciones armoniosas, así como su tenacidad para concretar sus iniciativas en resultados. Junto a su recia personalidad, porque era un roble, de él dijo el Maestro Luis Villalba Villalba que tenía “siempre en los labios palabras suadoras de paz y de concordia”. Y mi apreciado amigo el Académico Enrique Tejera París destacó que Carrillo Batalla tenía “la invaluable experiencia del que sabe perder con elegancia y triunfar sin vanidades”.

Eran verdaderamente aleccionadoras su perseverancia, la continuidad de su esfuerzo intelectual y la distribución metódica y organizada que hacía de su tiempo para dedicarse a múltiples actividades institucionales, académicas, universitarias, culturales, públicas y profesionales.

Cuando lo vi por última vez, le pregunté si eran inevitables en nuestra sociedad la maldición de los recursos y el llamado síndrome holandés. Me respondió que estos males solo pueden corregirse con políticas públicas diseñadas con visión a largo plazo. Y me contó detalladamente el plan de trabajo que presentó como Ministro de Hacienda en 1960 para sacar a Venezuela de la crisis económica en que se hallaba sumida. Se despidió diciéndome que tenía la satisfacción de haber contribuido en alguna medida con sus iniciativas y realizaciones a la construcción del país, pero que le embargaba la tristeza de ver ahora el derrumbe de todo lo que había contribuido a levantar.

El Dr. Tomás Enrique Carrillo Batalla deja como legado, en obras y en ejemplos, el fruto de una vida útil y una encomiable labor que hacen que su recuerdo permanezca vivo en todos aquellos que tuvimos la fortuna de conocerlo y valorar su gran calidad humana. *Not dead, but gone before*, como dijo el poeta inglés. No se olvidará en la Academia el nombre de este distinguido Académico.